

Título original: *Slow Learner*

Primeras publicaciones de los relatos: «Tha Small Rain» (Lluvia ligera), *Cornell Writer*, marzo de 1959; «Low-lands» (Tierras bajas), *New World Writing*, n.º 6, marzo de 1960; «Entropy» (Entropía), *Kenyon Review*, primavera de 1960; «Under the Rose» (Bajo la rosa), *The Noble Savage*, n.º 3, mayo de 1961; «The Secret Integration» (La integración secreta), *The Saturday Evening Post*, diciembre de 1964.

© 1984, Thomas Pynchon

© 1992, Jordi Fibla, de la traducción

Diseño de la colección: adaptación de FERRATERCAMPINS MORALES de un diseño original de Pierluigi Cerri

Ilustración de la cubierta: detalle de *La filosofía en el camarín* (1947), de René Magritte, óleo sobre tela, 81 x 61 cm, colección particular, Washington, D.C.

© Visual, 1992

Reservados todos los derechos de esta edición para:

© 2013, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso

Colonia Chapultepec Morales

C.P. 11570, México, D.F.

www.tusquetseditores.com

1.ª edición en La flauta mágica: junio de 1992

ISBN: 978-84-7223-489-5

1.ª edición en Fábula en Tusquets Editores España: septiembre de 2011

ISBN: 978-84-8383-352-0

1.ª edición en Fábula en Tusquets Editores México: junio de 2013

ISBN: 978-607-421-450-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162-1, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Introducción	9
Lluvia ligera	31
Tierras bajas	63
Entropía	89
Bajo la rosa	111
La integración secreta	153

Si no recuerdo mal, escribí estos relatos entre 1958 y 1964, cuatro de ellos cuando estudiaba en la universidad. El quinto, «La integración secreta», de 1964, es más un producto de oficial que de aprendiz. Tal vez el lector ya sepa hasta qué punto leer cualquier cosa escrita hace veinte años, incluso cheques cancelados, puede suponer un golpe para el *ego* de uno. Mi reacción al leer estos relatos fue exclamar: «¡Dios mío!», al tiempo que experimentaba unos síntomas físicos en los que prefiero no insistir. Mi segundo pensamiento fue el de volver a escribirlos de cabo a rabo. Ambos impulsos cedieron a uno de esos estados de serenidad propios de la mediana edad, y ahora creo que he llegado a ver con claridad cómo era el joven escritor de entonces y a entenderme con él. Por otro lado, si gracias a una tecnología aún por inventar me topara hoy con él, ¿estaría dispuesto sin recelos a prestarle dinero o siquiera a ir calle abajo con él para tomar una cerveza y charlar de los viejos tiempos?

Justo es que advierta incluso a los lectores más amablemente dispuestos hacia mí, que encontrarán aquí algunos pasajes muy pesados, a la vez juveniles y delincuentes. Al mismo tiempo, mi mayor esperanza es que, por pretenciosos, bobos e imprudentes que resulten de vez en cuando, estos relatos sigan siendo útiles con sus defectos intactos, ilustrativos de los problemas característicos a los que se enfrenta el escritor principiante, a la vez que previenen contra ciertas prácticas que probablemente los escritores más jóvenes prefieran evitar.

Mi primer relato publicado se titulaba «Lluvia ligera». Un amigo que había pasado en el ejército los mismos dos años que yo en la marina me proporcionó los detalles. El huracán ocurrió realmente, y el destacamento del Servicio de Transmisiones de mi amigo tenía la misión descrita en el relato. La mayor parte de cuanto me desagrada de mi manera de escribir está aquí presente, tanto en embrión como en formas más avanzadas. Para empezar, no reconocí que el problema del personaje principal fuera lo bastante real e interesante para generar por sí mismo un relato. Al parecer, me creí en la obligación de revestirlo con un baño de imágenes de lluvia y referencias a *La tierra baldía* y *Adiós a las armas*. Me guiaba por el lema «hazlo literario», un mal consejo que yo mismo me di.

No menos embarazoso es descubrir el mal oído que estropea buena parte del diálogo, sobre todo hacia el final. Lo mejor que podría decir de mi percepción de los acentos regionales en aquel entonces es que era primitiva. Había observado que las voces de los militares se homogeneizaban en una sola voz de la nación norteamericana. Al cabo de poco tiempo, los chicos italianos de Nueva York empezaban a sonar como sureños y los marineros de Georgia regresaban de permiso quejándose de que nadie les entendía porque hablaban como yanquis. Como soy del norte, lo que oía como «acento meridional» era, en realidad, ese acento militar uniforme y poco más. Imaginaba que había oído pronunciar a civiles *oo* por *ow* en las tierras bajas costeras de Virginia, pero no sabía que en distintas zonas del sur real o civil, incluso en diferentes partes de Virginia, la gente hablaba con una amplia gama de acentos muy distintos. Es un error que también se observa en algunas películas de la época. Mi problema concreto en la escena de la cantina es que, para empezar, no sólo hay una chica de Louisiana que habla con diptongos de las tierras bajas captados de manera imperfecta, sino, lo que es peor, insisto en convertir eso en un elemento de la trama: es algo que importa a Levine y, en consecuencia, afecta a lo que sucede en el relato. Mi

error consiste en tratar de pavonearme de mi oído antes de tenerlo.

Lo más grave y preocupante es la manera defectuosa en que el narrador, casi yo mismo, aunque no del todo, trata el tema de la muerte en el *quid* del relato. Cuando hablamos de «seriedad» en la ficción, en última instancia nos referimos a una actitud hacia la muerte: por ejemplo, cómo pueden actuar los personajes en su presencia o cómo la tratan cuando no es tan inminente. Es algo que todo el mundo sabe, pero que no se suele mencionar a los escritores jóvenes, tal vez debido a la impresión generalizada de que dar tales consejos a la edad del aprendizaje es desperdiciar el esfuerzo.* (Sospecho que una de las razones de que la fantasía y la ciencia ficción atraigan tanto a los lectores jóvenes es la de que, cuando el espacio y el tiempo han sido alterados para permitir que los personajes viajen con facilidad a cualquier parte a través del continuo y escapar así a los peligros físicos y la inexorabilidad del tiempo, la condición de mortales apenas constituye un problema.)

La forma en que los personajes de «Lluvia ligera» abordan la muerte es todavía propia de adolescentes. Se evaden trasnochando y buscando eufemismos. Cuando mencionan la muerte, procuran servirse de bromas. Lo peor de todo es que la acoplan al sexo. El lector observará que, hacia el final del relato, parece tener lugar algún tipo de encuentro sexual, aunque no podría inferirlo del texto. De improviso, el lenguaje se vuelve demasiado extravagante. Es posible que esto no se debiera tan sólo al nerviosismo adolescente que me producía el sexo, pues, bien mirado, probablemente existía un nerviosismo generalizado en toda la subcultura de la población universitaria, una tendencia a la autocensura. Era también la época de *Aullido*, *Lolita* y *Trópico de Cáncer*, y todos los excesos en la aplicación de la ley provocados por tales obras. Incluso la pornografía blanda asequible en aquellos días llegaba a extremos de simbolismo absurdo para evitar la descripción del sexo. Hoy todo esto parece un asun-

to zanjado, pero en aquel entonces era una represión que experimentaban los escritores.

Creo que el interés actual del relato no estriba tanto en lo rebuscado y la puerilidad de la actitud como en la manera de abordar las clases sociales. Al margen de la utilidad que tenga el servicio militar en tiempo de paz, lo cierto es que puede proporcionar una introducción excelente a la estructura de la sociedad en general. Resulta evidente, incluso a una mentalidad juvenil, que las divisiones a menudo no reconocidas en la vida civil encuentran una expresión clara e inmediata entre «oficiales» y «hombres». Uno hace el sorprendente descubrimiento de que los adultos con educación universitaria que van por ahí enfundados en un uniforme caqui con insignias y cargados de pesadas responsabilidades, en realidad pueden ser idiotas, y que los oficiales de clase obrera, aunque en teoría capaces de cometer estupideces, son más proclives a mostrar competencia, valor, humanidad, sagacidad y otras virtudes que las clases educadas consideran como propias. El conflicto de «Culón» Levine en este relato, aunque modelado literariamente, consiste en la adjudicación de sus lealtades. En los años cincuenta yo era un estudiante apolítico y no me daba cuenta de ello, pero, con la perspectiva del tiempo, creo que estaba resolviendo un problema al que la mayoría de los escritores tenemos que enfrentarnos.

En el nivel más sencillo, ese dilema tenía que ver con el lenguaje. Desde diversas direcciones —Kerouac y los escritores de la generación *beat*, la dicción de Saul Bellow en *Las aventuras de Augie March*, voces que empezaban a sonar como las de Herbert Gold y Philip Roth— nos animaban a ver que por lo menos se permitía la coexistencia en la narrativa de dos clases muy distintas de inglés. ¡Permitido! ¡Realmente era correcto escribir de esa manera! ¿Quién sabía hacerlo? El efecto era excitante, liberador, muy positivo. No se trataba de elegir forzosamente entre una u otra cosa, sino de una ampliación de las posibilidades. No creo que, conscientemente, buscásemos a tientas alguna síntesis, aunque

quizá deberíamos haberlo hecho. El éxito que la «nueva izquierda» tuvo más adelante, en la década de los sesenta, quedaría limitado por el fracaso de la unión política de estudiantes y trabajadores. Uno de los motivos de ese fracaso fue la presencia de invisibles campos de fuerza clasista en el camino de la comunicación entre ambos grupos.

A ese conflicto le ocurrió como a todo lo demás en aquellos días: le pusieron sordina. En su versión literaria adoptó la forma de narrativa tradicional contra narrativa *beat*. Aunque estaba muy alejado de nosotros, uno de los centros de acción de que teníamos continua noticia se hallaba en la Universidad de Chicago. Por ejemplo, existía una Escuela de Chicago de crítica literaria que gozaba de la atención y el respeto de mucha gente. Al mismo tiempo, se había producido una reorganización completa de la *Chicago Review*, que dio origen a la revista *Big Table*, de orientación *beat*. «Lo que ocurrió en Chicago» llegó a ser una taquigrafía para expresar alguna amenaza subversiva inimaginable. Hubo muchas otras disputas similares. Contra el innegable poder de la tradición, nos atraían los señuelos centífugos, como el ensayo de Norman Mailer «El negro blanco», el considerable surtido de discos de jazz y un libro que aún sigo considerando una de las grandes novelas norteamericanas: *En el camino*, de Jack Kerouac.

Un efecto colateral, por lo menos para mí, fue el de la obra de Helen Waddell, *The Wandering Scholars* [Los literatos errantes] reeditado en los primeros años cincuenta, un relato sobre los jóvenes poetas que, en la Edad Media, abandonaron los monasterios en gran número y recorrieron los caminos de Europa, celebrando con sus canciones la esfera de acción más amplia que la vida ofrecía fuera de sus muros académicos. Dado el entorno universitario de la época, no resultaba difícil ver los paralelos. No es que la vida universitaria fuese exactamente insípida, pero gracias a los datos sobre la vida vulgar alternativa que iban filtrándose insidiosamente a través de la hiedra del campus, habíamos empezado a percibir el rumor de aquel otro mundo fuera del

recinto académico. Algunos no pudimos resistir la tentación de salir a ver lo que estaba ocurriendo, y bastantes regresamos con noticias de primera mano para incitar a otros compañeros a que lo intentaran también: fueron los prolegómenos de las deserciones estudiantiles en masa de los años sesenta.

Mi relación con el movimiento *beat* sólo fue tangencial. Al igual que otros jóvenes pasaba mucho tiempo en los clubs de jazz, haciendo durar la consumición mínima de un par de cervezas. Por la noche me ponía gafas de sol con montura de carey y asistía a fiestas en buhardillas, donde las chicas llevaban raros atuendos. Me divertían enormemente todas las formas de humor estimuladas por la marihuana, aunque en aquel entonces la conversación estaba en relación inversa con la disponibilidad de esa útil sustancia. En 1956, hallándome en Norfolk, Virginia, entré en una librería y descubrí el primer número de la *Evergreen Review*, que entonces era uno de los primeros foros de la sensibilidad *beat*. Aquello me abrió los ojos. En aquella época estaba enrolado en la marina, pero ya conocía muchachos que, sentados en corro en la cubierta, cantaban perfectamente fragmentos de aquellas primeras canciones de *rock'n'roll*, tocaban bongos y saxófonos y sintieron un auténtico pesar por la muerte de Bird y, más adelante, la de Clifford Brown. Cuando regresé a la universidad, encontré al personal académico sumamente alarmado por la portada de la *Evergreen Review*, y no digamos por su contenido. Parecía como si la actitud de ciertos literatos hacia la generación *beat* fuese la misma que la de algunos oficiales de mi barco hacia Elvis Presley, los cuales abordaban a los marineros que parecían capacitados para informar, porque, por ejemplo, se peinaban como Elvis Presley, preguntándoles inquietos: «¿Cuál es su mensaje? ¿Qué quiere?».

Estábamos en un punto de transición, un extraño período de tiempo cultural posterior a la generación *beat*, y nuestras lealtades estaban divididas. Lo mismo que el *bop* y el *rock'n'roll* eran con respecto al *swing* y al *pop* de pos-

guerra, así era esa nueva manera de escribir con respecto a la tradición moderna más establecida a cuya influencia estábamos expuestos en la universidad. Por desgracia, no teníamos otras alternativas de primer orden. Eramos espectadores: el desfile había pasado y ya lo recibíamos todo de segunda mano, éramos consumidores de lo que los medios de comunicación de la época nos suministraban. Eso no nos impidió adoptar posturas y accesorios *beat* y, finalmente, como *postbeats* reconocimos mejor lo que, al fin y al cabo, era la razonable y decente afirmación de lo que todos queríamos creer acerca de los valores norteamericanos. Cuando, diez años después, reaparecieron los *hippies*, durante algún tiempo, por lo menos, tuvimos una sensación de nostalgia y reivindicación. Los profetas *beat* habían resucitado, la gente empezaba a hacer improvisaciones de jazz con guitarras eléctricas y la sabiduría oriental volvía a estar de moda. Era lo mismo, sólo que diferente.

Sin embargo, hubo también un lado negativo, y es que ambas formas del movimiento hicieron demasiado hincapié en la juventud, incluida la variedad eterna. Por entonces, claro está, yo había dejado atrás la primera juventud, pero menciono de nuevo el aspecto de la puerilidad porque, junto con unas actitudes de imperfecto desarrollo (hacia el sexo y la muerte, también podemos observar la facilidad con que algunos de mis valores adolescentes podían colarse furtivamente y causar estragos en un personaje por lo demás amable. Tal es el desdichado caso de Dennis Flange en «Tierras bajas», que en cierto modo es más un esbozo de personaje que un relato. El bueno de Dennis no «crece» gran cosa en su transcurso, permanece estático, sus fantasías llegan a ser embarazosamente vívidas, y eso viene a ser todo lo que ocurre. Tal vez he conseguido una brillante concentración, pero no he resuelto ningún problema y, por lo tanto, no hay mucho movimiento ni vida.

Hoy no es ningún secreto, sobre todo para las mujeres, que muchos varones norteamericanos, incluso los de mediana edad, que visten trajes formales y conservan su em-

pleo, en realidad, y por increíble que parezca, siguen siendo interiormente unos chiquillos. Flange pertenece a esa clase de personajes, aunque cuando escribí este relato me pareció que era más bien un caradura. Quiere tener hijos por motivos que no están claros, pero no al precio de llevar una vida auténtica compartida con una mujer adulta. Su solución a este problema es Nerissa, una mujer con el tamaño y el comportamiento de una niña. No lo recuerdo a ciencia cierta pero, al parecer, me propuse dejar en un terreno ambiguo si esa mujer es o no una criatura de las fantasías de Dennis. Sería fácil decir que el problema de Dennis era el mío propio y que se lo cargaba a él. Todo es posible... pero el problema *podría* haber sido más general. En aquella época no tenía ninguna experiencia directa del matrimonio ni de la paternidad y tal vez recogía actitudes masculinas que entonces estaban en el aire y, más concretamente, en las páginas de las revistas para hombres, *Playboy* en particular. No creo que esa revista fuese tan sólo la proyección de los valores personales de su editor. Si los hombres americanos no hubieran compartido ampliamente tales valores, *Playboy* habría fracasado enseguida y desaparecido de la escena.

Curiosamente, no me había propuesto convertir a Dennis en el eje del relato, sino hacerle actuar como contrapunto serio del chistoso «Cerdo» Bodine. La contrafigura en la vida real de ese indeseable marinero era mi verdadero punto de partida. Había oído la anécdota de la luna de miel cuando estaba en la marina, de labios de un camarada artillero. Teníamos servicio de vigilancia en Portsmouth, Virginia, nuestra ronda se limitaba al desolado perímetro de un astillero —vallas de cadenas, ramales de ferrocarril— y la noche era de una frialdad inhóspita, sin marineros de conducta reprochable a los que pudiéramos leer la cartilla. Así pues, mi compañero, como miembro veterano de la patrulla, se creyó en la obligación de matar el tiempo contando relatos de marineros, y ése fue uno de ellos. Lo que le ocurrió realmente a él en su luna de miel es lo que hice que

le sucediera a Dennis Flange. Me divertí muchísimo no tanto el contenido del relato como la noción más abstracta de que cualquiera podía comportarse de esa manera. Resultó que el compañero de copas del muchacho con quien realizaba el servicio de vigilancia figuraba en un vasto anecdotario de a bordo. Trasladado antes de que yo empezara a servir a otro lugar, se había convertido en una leyenda. Por fin llegué a verle la víspera del día que me licenciaba, cuando estábamos formados ante los barracones en la base naval de Norfolk. En cuanto le vi, antes de oírle responder a su nombre, juro que tuve la extraña seguridad, como si de percepción extrasensorial se tratara, de que sabía quién era. No pretendo dramatizar en exceso aquel momento, sino limitarme a apuntar que, como Cerdo Bodine sigue gustándome tanto y es un personaje que desde entonces he hecho aparecer una o dos veces en mis novelas, me es grato recordar que nuestros caminos se cruzaron realmente de ese modo fugaz.

A los lectores modernos les desconcertará, como mínimo, un nivel inaceptable de cháchara racista, sexista y protofascista en este relato. Ojalá pudiera decir que ésa es sólo la voz de Cerdo Bodine, pero, por desgracia, también era la mía en aquella época. Lo mejor que puedo decir ahora de ella es que, teniendo en cuenta la época, probablemente es bastante auténtica. James Bond, el modelo de John Kennedy, estaba a punto de hacerse famoso maltratando al personal del Tercer Mundo, una extensión más de los relatos de aventuras juveniles que muchos leímos en la adolescencia. Durante algún tiempo había prevalecido una serie de suposiciones y distinciones, no expresadas ni cuestionadas, y que tan bien reflejó años después, en los setenta, el personaje televisivo Archie Bunker. Tal vez resulte que las diferencias raciales no son tan básicas como las cuestiones económicas o las relacionadas con el poder, pero han servido para un propósito útil, a menudo en interés de quienes más las deploran, al mantenernos divididos y, por lo tanto, relativamente pobres e impotentes. Pero dicho esto, en este

relato la voz narrativa sigue siendo la de ese tipo latoso que no sabía hacerlo mejor, y pido perdón por ello.

Por desagradable que hoy me parezca el relato «Tierras bajas», no es nada comparado con mi consternación cuando he de releer «Entropía». Este cuento es un buen ejemplo de un error de procedimiento contra el que siempre se previene a los escritores en ciernes. En efecto, es erróneo comenzar con un tema, símbolo u otro agente unificador abstracto, y luego intentar que los personajes y acontecimientos se le adapten a la fuerza. En cambio, los personajes de «Tierras bajas», aunque problemáticos en otros aspectos, por lo menos eran mi punto de partida, y luego introducía el material teórico, sólo para dar al relato una apariencia de clase educada. De lo contrario, sólo habría tratado de una serie de personas desagradables que no consiguen resolver las dificultades de sus vidas. ¿A quién le interesaría tal cosa? De ahí las extrañas disertaciones sobre el chismorreó y la geometría.

Como el relato se ha incluido dos o tres veces en antologías, la gente me considera más versado en el tema de la entropía de lo que estoy en realidad. Incluso Donald Barthelme, que normalmente no se deja embaucar, ha sugerido en una entrevista que tengo una especie de autoridad en el tema y nadie es más apto que yo para tratarlo. Pues bien, según el *Oxford English Dictionary*, el término fue acuñado en 1865 por Rudolf Clausius, siguiendo el modelo de la palabra griega «energía», a la que dio el significado de «contenido de trabajo». Entonces propuso el término entropía o «contenido de transformación» a fin de examinar los cambios que sufre una máquina térmica en un ciclo típico, en el que se transforma el calor en trabajo. Si Clausius se hubiese atendido a su alemán nativo y hubiera llamado a ese proceso *Verwandlungsinhalt*, el impacto habría sido totalmente distinto. Lo cierto es que, tras haber sido utilizada de una manera restringida durante los setenta u ochenta años siguientes, algunos teóricos de la comunicación cogieron la entropía y le dieron el giro moral cósmico del que sigue

gozando en el uso corriente. Resulta que leí *The Human Use of Human Beings* [El uso humano de los seres humanos], de Norbert Wiener (una refundición de su obra más técnica *Cibernética* para el profano interesado) más o menos por la misma época que *The Education of Henry Adams* [La educación de Henry Adams], y el «tema» del relato deriva en gran manera de lo que dijeron esos dos hombres. Una pose de aquella época que me parece simpática y, así lo espero, bastante común entre los jóvenes, era el sombrío júbilo que despertaba toda idea de destrucción o declive masivos. De hecho, el género moderno de la novela política sensacionalista se ha aprovechado de tales visiones de muerte espectacular o a gran escala. Dado mi estado, de ánimo estudiantil, la sensación de poder incontrolado que tiene Adams, unida al espectáculo que ofrece Wiener de la muerte térmica universal y la inmovilidad matemática, parecía ser exactamente lo que se necesitaba. Pero la distancia y la grandiosidad de semejante material me hizo ser cicatero con los personajes, los cuales, a mi modo de ver, son sintéticos, sin suficiente vida. La crisis conyugal descrita está una vez más, como la de Flange, simplificada de una manera nada convincente. Como siempre decía Dion, la lección es triste pero verdadera: sé demasiado conceptual, demasiado listo y remoto, y tus personajes se morirán en la página.

Durante algún tiempo, lo único que me preocupó era que había planteado las cosas en términos de temperatura y no de energía. Luego, cuando había leído más sobre el tema, comprendí que ésa no había sido una táctica tan mala. Pero no debe subestimarse la superficialidad de mi comprensión. Por ejemplo, elegí 37 grados Fahrenheit [2,8 °C] como punto de equilibrio porque 37 grados Celsius es la temperatura del cuerpo humano. Astuto, ¿eh?

Por otro lado, resulta que no todo el mundo ha tenido una visión tan sombría de la entropía. De nuevo según el diccionario indicado, Clerk Maxwell y P.G. Tait la usaron, por lo menos durante cierto tiempo, en un sentido contrario al de Clausius: como una medida de la energía disponi-

facan o

pos' den extraña

ble, no inasequible, para el trabajo. El norteamericano Willard Gibbs, que hace un siglo desarrolló la propiedad detallada y teóricamente, la considera, por lo menos en forma diagramática, como una ayuda para popularizar la ciencia de la termodinámica, en particular su segunda ley.

Lo que hoy me sorprende de este relato no es tanto su tenebrosidad termodinámica como su modo de reflejar cómo fueron los años cincuenta para algunas personas. Supongo que se aproxima tanto a un relato *beat* como cualquiera de las otras cosas que escribía por entonces, aunque tenía la impresión de que daba cierto refinamiento al espíritu *beat* con una ciencia de segunda mano. Escribí «Entropía» en 1958 o 1959... y en el relato me refiero a 1957 como «en aquel entonces». Casi soy sarcástico, pues en aquella época un año se diferenciaba poco de otro. Uno de los efectos más perniciosos de los años cincuenta fue convencer a quienes crecían en ellos de que durarían eternamente. Hasta que apareció John Kennedy, a quien entonces percibíamos como un congresista advenedizo con un extraño corte de pelo, y empezó a atraer atención, la inmensa mayoría deambulaba sin rumbo fijo. Mientras Eisenhower estuvo en el poder, no pareció haber motivo alguno por el que las cosas no deberían seguir tal como estaban.

Desde que escribí este relato, me he empeñado en comprender la entropía, pero cuanto más leo sobre ella menor es mi seguridad. He podido seguir las definiciones del diccionario y entender la explicación de Isaac Asimov, e incluso parte de las operaciones matemáticas, pero cualidades y cantidades no coinciden para formar una noción unificada en mi cabeza. Poco consuela descubrir que el mismo Gibbs previó el problema cuando describió la entropía en su forma escrita como «traída por los pelos... oscura y de difícil comprensión». Hoy, cuando pienso en esa propiedad, lo hago cada vez más en conexión con el tiempo, ese tiempo humano unidireccional que todos debemos soportar aquí localmente y que, según dicen, termina con la muerte. Ciertos procesos, no sólo los termodinámicos, sino también los

parte

de naturaleza médica, a menudo no admiten la marcha atrás. Es algo que más tarde o más temprano todos descubrimos desde dentro.

Tales consideraciones estaban en gran parte ausentes cuando escribí «Entropía». Me interesaba más confiar al papel una variedad de abusos, como el de escribir en un estilo recargado. Ahorraré al lector un comentario detallado de tales excesos en estos relatos, y sólo diré que me acongoja la cantidad de *zarcillos* que aparecen. Ni siquiera sé todavía con certeza qué es un *zarcillo*, palabra que tomé, según creo, de T.S. Eliot. No tengo nada personalmente contra los *zarcillos*, pero mi uso excesivo de la palabra es un buen ejemplo de lo que puede ocurrir cuando uno emplea demasiado tiempo y energía sólo en las palabras. Otros han dado este consejo con más frecuencia y de un modo más convincente, pero en aquel entonces mi uso concreto de un procedimiento erróneo consistía, increíblemente, en hojear el diccionario y anotar palabras que parecían audaces, refinadas o que probablemente surtirían un efecto, en general el de hacerme parecer instruido, sin tomarme la molestia de examinar su significado. Sé que es una estupidez sin paliativos. Lo menciono tan sólo porque es posible que otros lo estén haciendo ahora mismo y así podrán aprovecharse de mi error.

Este mismo consejo gratuito también es aplicable a los detalles de la información. A todo el mundo se le dice que escriba acerca de lo que conoce. El problema para muchos de nosotros es que en la juventud creemos saberlo todo o, por decirlo de un modo más útil, con frecuencia desconocemos el alcance y la estructura de nuestra ignorancia, la cual no es sólo un espacio en blanco en el mapa mental de una persona, sino que tiene contornos y coherencia y, por lo que sé, también tiene sus normas. Así pues, como corolario a ese consejo de escribir sobre lo que conocemos, quizá podríamos añadir la necesidad de familiarizarnos con nuestra ignorancia y las probabilidades que tenemos, por falta de esa familiaridad, de echar a perder un buen relato. En

los libretos de ópera, las películas y los seriales de televisión se pasa por alto toda clase de errores de detalle. Si está demasiado tiempo ante la pantalla, un escritor puede llegar a creer lo mismo de la literatura. Y eso no es cierto. Aunque no sea un error absoluto, como yo sigo haciendo, inventar lo que desconozco o mi excesiva pereza me impide averiguar, con más frecuencia de la necesaria se colocan datos falsos en lugares lo bastante sensibles para que el error resalte, perdiendo así el encanto marginal que pudieran tener fuera del contexto del relato. Así lo evidencia el siguiente ejemplo tomado de «Entropía». Quise que el personaje de Callisto reflejara de algún modo una especie de cansancio de la vida centroeuropea e introduje la expresión *grippe espagnole*, que había visto en el texto de la cubierta de un disco, *L'histoire du soldat* de Stravinsky. Debí suponer que se trataba de algún malestar espiritual posterior a la primera guerra mundial o algo por el estilo. Luego descubrí que esas palabras significan lo que dicen, gripe española, y la referencia que utilicé correspondía en realidad a la epidemia de gripe que se declaró en todo el mundo después de aquella guerra.

La lección que se desprende de este caso, evidente pero pasada por alto de vez en cuando, es la necesidad de corroborar los datos que uno tiene, sobre todo los adquiridos casualmente, ya sea de oídas o por haberlos leído en las cubiertas de los discos. Al fin y al cabo, hace poco hemos entrado en una era en la que, por lo menos en principio, todo el mundo puede compartir una cantidad inconcebible de información, con sólo pulsar unas pocas teclas de una terminal de ordenador. Ya no hay excusas para los pequeños errores estúpidos, y confío en que esto haga que los contumaces ladrones de datos se lo piensen mucho antes de robarlos suponiendo que nadie les descubrirá.

El robo literario es un tema fascinante que, como en el código penal, tiene sus grados. Estos abarcan desde el plagio hasta la mera derivación, pero todas sus formas son un procedimiento erróneo. Si, por otro lado, usted cree que

nada es original y que todos los escritores «toman prestado» de «fuentes», la cuestión de las notas de reconocimiento o los agradecimientos sigue abierta. Hasta que escribí «Bajo la rosa», en 1959, no me había atrevido a hacer lo que hice en esa ocasión: reconocer, aunque indirectamente, que estaba en deuda con Karl Baedeker, cuya guía de Egipto, de 1899, fue la principal «fuente» del relato.

Descubrí ese libro en la cooperativa de la Universidad de Cornell. Durante todo el otoño y el invierno me había sentido creativamente bloqueado. Participaba en un seminario de escritura que dirigía Baxter Hathaway. Aquel semestre me había reincorporado a los estudios con cierto retraso, el profesor era una incógnita para mí y estaba aterrado. El curso iba avanzando y yo aún no había presentado ningún trabajo. «Vamos, hombre», me aconsejaban los compañeros, «es un tipo simpático. No tienes que preocuparte.» ¿Acaso estaban de broma? Aquello empezaba a ser un problema considerable para mí. Finalmente, hacia la mitad del semestre, el correo me trajo una postal con una caricatura: un lavabo con las paredes llenas de inscripciones. «Ya has practicado bastante. ¡Ahora escribe!», decía. La firmaba Baxter Hathaway. ¿Es posible que, incluso cuando lo pagaba en caja, planeara inconscientemente saquear aquel volumen de color rojo desvaído para escribir un relato?

¿Podía Willy Sutton robar una caja fuerte? Desde luego, saqué el Baedeker, todos los detalles de una época y un lugar en los que no había estado, incluso los nombres del cuerpo diplomático. ¿A quién se le ocurriría un nombre como Khevenhüller-Metsch? A fin de que otros no se entusiasmen tanto como yo lo estaba y he seguido estándolo con esta técnica, diré que es una mala manera de escribir un relato. En este caso el problema es similar al de «Entropía»: empezar con algo abstracto, una acuñación termodinámica o los datos de una guía, y sólo entonces intentar el desarrollo del argumento y los personajes. Esto es entenderlo todo al revés. Sin algún anclaje en la realidad humana, lo más probable es que uno se quede sólo con otro ejer-

cicio de aprendiz, que es lo que este cuento incómodamente parece.

También era capaz de robar, o digamos «derivar», de maneras más sutiles. En mi adolescencia había leído muchas novelas de espionaje e intriga, sobre todo las de John Buchan. Hoy nadie recuerda más que un solo libro de este autor, *Treinta y nueve escalones*, pero escribió media docena tan buenos como ése o mejores, todos los cuales estaban en la biblioteca de mi ciudad natal, al igual que las obras de E. Phillips Oppenheim, Helen MacInnes, Geoffrey Household y muchos otros. El resultado final de esas lecturas fue que en mi mente acrítica se formó una peculiar visión tenebrosa de la historia anterior a las dos guerras mundiales, y en la cual la toma de decisiones políticas y los documentos oficiales no importaban tanto, ni mucho menos, como acechar, espiar, las falsas identidades y los juegos psicológicos. Mucho después recibí otras dos poderosas influencias, *La estación de Finlandia*, de Edmund Wilson, y *El príncipe*, de Maquiavelo, que me ayudaron a desarrollar la interesante cuestión que subyace en el relato: ¿es la historia personal o estadística? Mis lecturas de la época incluían también a muchos victorianos, lo cual hizo que la primera guerra mundial adoptara en mi imaginación la forma de ese atractivo fastidio tan grato a las mentes adolescentes, el arreglo de cuentas apocalíptico.

No pretendo tomar eso a la ligera. Nuestra pesadilla común, La Bomba, también está presente en ese cuento. Ya era bastante mala en 1959 y ahora es mucho peor, pues el nivel del peligro ha seguido aumentando. Nunca intervino en ello nada subliminal, ni entonces ni ahora. Excepto esa sucesión de dementes criminales que han ostentado el poder desde 1945, incluido el poder de hacer algo al respecto, la mayoría de nosotros, pobres corderos, siempre hemos estado atrapados por un temor simple y generalizado. Creo que todos hemos intentado habérmolas con esa lenta escalada de nuestro terror e impotencia de las pocas maneras a nuestro alcance, desde no pensar en ello hasta enloquecer por

su culpa. En algún punto de ese espectro de impotencia están las obras de ficción sobre el tema... en ocasiones, como en este caso, ambientadas en un lugar y una época más pintoresca.

Así pues, aunque sólo fuera por sus débiles buenas intenciones, «Bajo la rosa» me irrita menos que los relatos anteriores. Creo que los personajes son algo mejores, ya no se limitan a estar tendidos sobre la losa sino que por lo menos empiezan a moverse un poco, a parpadear y abrir los ojos, aunque su diálogo todavía se resiente de mi perenne mal oído. Gracias a los implacables esfuerzos del Sistema Público de Radiodifusión, hoy todo el mundo está muy familiarizado con los más sutiles matices del inglés tal como lo hablan los ingleses. En mis tiempos tuve que depender de las películas y la radio que, como fuentes, no eran fiables al cien por ciento. De ahí esas rarezas como el «cornetazo de salida», que a un lector moderno le parecen esteotipadas e inauténticas. También puede sentirse engañado debido a que el magistral John Le Carré, más que ningún otro, ha puesto demasiado alto el listón de todo el género. Hoy esperamos una complejidad de argumento y una profundidad de los personajes que están totalmente ausentes de mi relato. Por suerte, la mayoría de las escenas son de persecución, aspecto en el que sigo siendo un incauto aplicado... es la única manifestación de puerilidad de la que soy incapaz de librarme. Mi actitud responde a la invocación: «Que los dibujos animados de Correcaminos no desaparezcan jamás de las ondas de televisión».

Los lectores atentos de Shakespeare observarán que he tomado el nombre Porpentine de *Hamlet*, I, v. Es una forma antigua de *porcupine* (puerco espín). El nombre Moldweorp significa «topo» en teutónico antiguo, el animal, no el infiltrado. Me pareció que sería una idea astuta que unas personas con los nombres de dos encantadores bichos peludos se pelearan por el destino de Europa. De un modo no tan consciente, hay también un eco del nombre del reacio espía Wormold, personaje de *Nuestro hombre en La Habana*, de

Graham Greene, que por entonces acababa de publicarse.

Otra influencia en «Bajo la rosa», entonces demasiado reciente para mí, por lo que no podía abusar de ella como lo he hecho luego, es el surrealismo. Había seguido un curso optativo de arte moderno, y los surrealistas fueron quienes de veras me llamaron la atención. Como aún no tenía prácticamente acceso a mi vida onírica, se me pasó por alto lo esencial del movimiento y, en cambio, me fascinó la sencilla idea de que uno podía combinar interiormente los mismos elementos estructurales que normalmente no se dan juntos para producir unos efectos ilógicos y sorprendentes. Lo que tuve que aprender más adelante fue la necesidad de utilizar este procedimiento con cierto cuidado y habilidad, pues no basta cualquier combinación de detalles. Spike Jones *junior*, las grabaciones orquestales de cuyo padre ejercieron un profundo e indeleble efecto sobre mí en mi infancia, dijo cierta vez en una entrevista: «Una de las cosas que la gente no comprende de la clase de música que hace mi padre, es que, cuando sustituyes un *do* sostenido por un *disparo*, tiene que ser un *disparo* en *do* sostenido o suena fatal».

Yo lo haría aún peor, como evidencia el baturrillo o la calidad de ensamblaje al azar de muchas de las escenas en «La integración secreta». Pero como este relato me gusta bastante, a veces prefiero echar la culpa a la manera en que los objetos se acumulan en los aposentos de la memoria. Al igual que «Tierras bajas», se trata de un relato ambientado en mi ciudad natal, una de las pocas ocasiones en que he intentado escribir directamente sobre el paisaje y las experiencias de mi infancia. Entonces cometí el error de considerar a Long Island como un gigantesco y amorfo banco de arena, sin historia, un lugar del que alejarse pero con el que uno no debía sentirse demasiado conectado. Es interesante que en ambos relatos impongo sobre lo que me parecía un espacio en blanco una serie de topografías más complicadas. Tal vez me pareció que debía dotar de un poco más de exotismo a aquellos parajes.

No sólo complicué ese espacio de Long Island, sino que también tracé una línea alrededor de todo el vecindario, lo levanté y trasladé a los Berkshires, donde jamás he puesto los pies. El viejo truco de Baedeker, una vez más. Esta vez encontré los detalles que necesitaba en la guía regional de los Berkshires publicada en los años treinta por el Federal Writers Project de la WPA.* Es uno de los tomos de una excelente colección de guías estatales y regionales que quizá todavía se encuentre en las bibliotecas. Su lectura es agradable e instructiva. De hecho, en el tomo dedicado a los Berkshires hay un material tan bueno, tan rico en detalles y profundo en sentimiento, que incluso me avergonzó sacarlo.

Ya no tengo claro por qué adopté semejante estrategia de transferencia. El desplazamiento de mi experiencia personal a otros entornos se remontaba por lo menos a «Lluvia ligera», y obedecía en parte a la áspera impaciencia producida por la narrativa que entonces consideraba «demasiado autobiográfica». No sé de dónde había sacado la idea de que la vida personal del escritor no tiene nada que ver con su ficción, cuando lo cierto, como todo el mundo sabe, es casi todo lo contrario. Además, tenía a mi alrededor abundantes pruebas de esa verdad, aunque prefería ignorarlas, pues, de hecho, la ficción tanto publicada como inédita que me conmovía y satisfacía entonces y ahora era, precisamente, la que resultaba luminosa y sin ninguna duda auténtica porque había sido hallada y elevada, siempre pagando un coste, desde unos niveles más profundos y más compartidos de la vida real que todos vivimos. Detesto pensar que no lo comprendí así, aun cuando fuese de una manera imperfecta. Tal vez el precio del alquiler era demasiado alto. En cualquier caso, preferí dedicarme a un caprichoso juego de los pies, como un chico estúpido.

* WPA: Work Projects Administration. Programa para los desempleados, víctimas de la Gran Depresión, creado en 1935 bajo la presidencia de Roosevelt. (N. del T.)

Tal vez intervino otro factor, la claustrofobia. No era entonces el único escritor joven que sentía la necesidad de estirarse, de salir, una necesidad que quizá se remontaba a la sensación de enclaustramiento académico que sentíamos y que había prestado tanto atractivo a la vida picaresca americana que, a nuestro parecer, llevaban los escritores de la generación *beat*. Los aprendices, en todos los campos y épocas, desean ansiosamente ser viajeros.

Cuando escribí «La integración secreta» me encontraba en esa fase de mi actividad literaria. Había publicado una novela y creía saber una o dos cosas, pero me parece que también por primera vez empezaba a callarme y escuchar las voces norteamericanas a mi alrededor, incluso a alzar la vista de las fuentes impresas y echar un vistazo a la realidad no verbal. Por fin estaba en el camino e iba a visitar los lugares sobre los que había escrito Kerouac. Aquellos pueblos, las conversaciones oídas en los autocares y los hoteles de mala muerte, han encontrado su sitio en este relato, y estoy bastante satisfecho de cómo contribuyen a sostenerlo.

No es que sea perfecto, desde luego, ni muchísimo menos. Los chicos, por ejemplo, no parecen muy listos en ciertos aspectos y, por supuesto, no pueden compararse con los chicos de los años ochenta. Creo también que podría podar sin lamentarlo gran parte del surrealismo menos responsable que contiene este relato. Con todo, me resulta increíble que escribiera alguna de sus partes. Es como si en los últimos veinte años una tropa de duendes se hubiera infiltrado en el texto para intentar arreglarlo. Sin embargo, como es evidente por la forma fluctuante de mi curva de aprendizaje, era excesivo esperar que me mantuviera durante mucho tiempo en esa dirección positiva o profesional. El siguiente relato que escribí fue *La subasta del Lote 49*, comercializado como «novela» y en el que parezco haber olvidado la mayor parte de lo que creía haber aprendido hasta entonces.

Lo más probable es que gran parte de los sentimientos

que despierta en mí este último relato se deban a la nostalgia ordinaria por esa época de mi vida, por el escritor que entonces parecía surgir, con sus malos hábitos, sus teorías estúpidas y ocasionales momentos de silencio productivo en los que podría haber tenido un atisbo de cómo se hacía. Al fin y al cabo, lo más atractivo de los jóvenes son los cambios, no la foto fija del personaje terminado sino la película, el flujo del alma. Tal vez este ligero apego a mi pasado sólo sea otro ejemplo de lo que Frank Zappa llama una pandilla de viejos amigos reunidos para tocar *rock'n'roll*. Pero, como todos sabemos, el *rock'n'roll* nunca morirá, y también el aprendizaje, como Henry Adams dice siempre, avanza continuamente.

El clima de las tierras bajas es tropical, con una temperatura media anual de 25°C y una humedad relativa del 80%. Las precipitaciones son abundantes, con una media anual de 2000 mm. El suelo es fértil y rico en nutrientes, lo que permite el cultivo de una gran variedad de plantas. La vegetación es densa y exuberante, con una gran variedad de árboles y plantas. La fauna es también muy diversa, con una gran variedad de animales, desde pequeños insectos hasta grandes mamíferos.

Las tierras bajas son una zona muy importante para la agricultura y la ganadería. Se cultivan una gran variedad de cultivos, desde arroz hasta frutas y hortalizas. También se cría una gran variedad de animales, desde vacas hasta cerdos y aves. Las tierras bajas son también una zona muy importante para la recolección de productos forestales, como la caña de azúcar y el caucho.

Las tierras bajas son una zona muy importante para la conservación de la biodiversidad. Hay una gran variedad de especies de plantas y animales que solo se encuentran en esta zona. También hay una gran variedad de ecosistemas, desde bosques primarios hasta humedales. Las tierras bajas son una zona muy importante para la investigación científica y la educación.

Las tierras bajas son una zona muy importante para el desarrollo económico. Hay una gran variedad de industrias que se desarrollan en esta zona, desde la agricultura hasta la ganadería y la recolección de productos forestales. Las tierras bajas son también una zona muy importante para el turismo, con una gran variedad de atractivos naturales y culturales.

Las tierras bajas son una zona muy importante para la vida de las personas. Hay una gran variedad de comunidades que viven en esta zona, desde pueblos pequeños hasta grandes ciudades. Las tierras bajas son también una zona muy importante para la cultura, con una gran variedad de tradiciones y costumbres.

Las tierras bajas son una zona muy importante para el futuro. Hay una gran variedad de desafíos que se enfrentan en esta zona, desde la degradación del medio ambiente hasta la pobreza y la desigualdad. Sin embargo, también hay una gran variedad de oportunidades para el desarrollo sostenible. Las tierras bajas son una zona muy importante para el futuro de la humanidad.

A las cinco y media de la tarde Dennis Flange seguía en compañía del basurero. Este se llamaba Rocco Squarcione, y hacia las nueve de la mañana, una vez finalizada su ruta, se presentó en el domicilio de Flange con una piel de naranja todavía adherida a sus pantalones de tela tosca y una garrafa de moscatel casero que colgaba de su manaza moteada de posos de café.

—¡Eh, *sfacim!* —gritó en argot napolitano desde la sala de estar—. He traído vino. Vamos, baja.

—¡Estupendo! —gritó Flange a su vez, y decidió que no iría a trabajar.

Telefoneó al bufete de abogados de Wasp y Winsome y habló con la secretaria de alguien.

—Aquí Flange, hoy no voy —le dijo. La mujer empezó a objetar y él la interrumpió—: Más tarde.

Colgó el aparato y pasó con Rocco el resto del día, bebiendo moscatel y escuchando la música de un equipo estereofónico de mil dólares que Cindy le obligó a comprar y que nunca había usado, que él recordara, más que para depositar encima platos de entremeses o bandejas de cócteles. Cindy era la señora Flange y, ni que decir tiene, no le hacía ninguna gracia la garrafa de moscatel, como tampoco Rocco Squarcione ni ningún otro amigo de su marido.

—Tú sigue con esa pandilla en el cuarto de los juegos —le gritaba, blandiendo una coctelera—. ¿Qué eres? ¿Uno de esos idiotas de la Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales? Dudo de que ellos mismos recogieran algunos de los animales que traes a casa.

Lo que Flange debería responderle, pero no lo hacía, venía a ser: «Rocco Squarzione no es un animal, sino un basurero con una gran afición, entre otras, por Vivaldi». Precisamente ahora escuchaban a Vivaldi, el concierto n.º 6 para violín, subtítulo *Il Piacere*, mientras Cindy deambulaba ruidosamente en el piso de arriba, y Flange tenía la impresión de que estaba tirando cosas. De vez en cuando se preguntaba cómo sería la vida sin una segunda planta y cómo se las arreglaba la gente para convivir en casas de estilo rancharo o de pisos a desnivel sin que les atacara una locura homicida por lo menos una vez al año. La residencia de los Flange estaba encaramada en un acantilado que daba al Sound. Había sido construida en los años veinte en un estilo que recordaba vagamente las casas de campo inglesas por un ministro episcopaliano que redondeaba sus ingresos con el contrabando de licor procedente de Canadá. Parecía como si todos los habitantes de la orilla norte de Long Island se hubieran dedicado en aquella época a una u otra clase de contrabando, porque había numerosos bancos de arena y calas, istmos y ensenadas de cuya existencia no tenía ni idea la policía federal. La actitud del ministro hacia el asunto debió de ser romántica, pues la casa se alzaba en un gran túmulo musgoso que tenía el color de una de las bestias prehistóricas más peludas. Dentro había madrigueras sacerdotales, pasadizos ocultos y habitaciones con ángulos curiosos, y en el sótano, al que se accedía desde el cuarto de los juegos, había innumerables túneles, que se contorsionaban radicalmente como los tentáculos de un pulpo espasmódico y acababan en extremos cerrados, alcantarillas abandonadas y, en ocasiones, en una bodega secreta. Dennis y Cindy Flange habían vivido en aquel curioso montículo con techumbre de musgo, casi orgánico, durante los siete años de su matrimonio, y a lo largo de ese tiempo Flange, por lo menos, había llegado a sentirse unido al lugar por un cordón umbilical tejido con liquen y juncia, retama negra y aulaga. Lo llamaba su matriz con vistas, y en los momentos de ternura de la pareja, ahora infrecuentes, él cantaba a

tanbusto espinoso
con flores amarillas

prolista plata

Cindy la canción de Noel Coward, en parte para tratar de recordar sus primeros meses juntos y en parte como una canción de amor dedicada a la casa:

Estaremos tan felices y contentos
como pájaros en un árbol,
muy por encima de las montañas y el mar...

Sin embargo, a menudo las canciones de Noel Coward tienen poco que ver con la realidad (si Flange no lo había sabido hasta entonces, pronto lo descubriría) y si al cabo de siete años resultaba que no era tanto un pájaro en un árbol como un topo en una madriguera, la responsable era Cindy más que la casa. Su psicoanalista, un «espalda mojada» delirante y alcoholizado que se llamaba Jerónimo Díaz, tenía, desde luego, mucho que decir al respecto. Todas las semanas, durante cincuenta minutos y con una copa de Martini en la mano, Flange escuchaba los gritos del psicoanalista acerca de su mamá. El hecho de que el dinero invertido en esas sesiones podría haber servido para adquirir cualquier automóvil, perro de raza o mujer en el tramo de Park Avenue visible desde la ventana del consultorio del doctor no inquietaba a Flange tanto como la ligera sospecha de que, en cierto modo, estaba siendo engañado: es posible que se considerase un hijo legítimo de su generación y, como Freud había sido la leche materna de esa generación, tenía la sensación de estar aprendiendo algo nuevo. Pero en ocasiones sería sorprendido, noches en que la nieve llegaba desde Connecticut, a través del Sound, para azotar la ventana del dormitorio y recordarle que, después de todo, estaba tendido en posición fetal; sería sorprendido flagrantemente en el papel de topo, que no es tanto una pauta de conducta como un estado de la mente en el que uno no oye en absoluto la nieve y los ronquidos de su esposa son como la baba y el goteo del fluido amniótico en algún lugar fuera de las mantas, e incluso las cadencias secretas del pulso se convierten en meros ecos de los latidos cardíacos de la casa.

Era evidente que Jerónimo Díaz estaba loco, pero era la suya una clase de locura maravillosa, aleatoria, que no respondía a ningún modelo o pauta conocidos, un plasma irresponsable de engaño en el que flotaba, totalmente convencido, por ejemplo, de que era Paganini y había vendido su alma al diablo. Tenía un Stradivarius de valor incalculable sobre su mesa y, para demostrar a Flange que su alucinación era un hecho, atacaba las cuerdas como si las serrase, produciendo unos horribles sonidos estridentes, hasta que finalmente dejaba el arco y decía:

—¿Ve usted? Desde que hice ese trato no soy capaz de tocar una sola nota.

El psicoanalista se pasaba sesiones enteras leyendo en voz alta tablas de números aleatorios o listas de sílabas sin sentido de Ebbinghaus, haciendo caso omiso de todo lo que Flange intentaba decirle. Aquellas sesiones eran imposibles: como contrapunto de sus confesiones de torpes juegos sexuales adolescentes, Flange oía la incesante retahíla, ZAP-MOG-FUD-NAF-VOB, y de vez en cuando el tintineo y el gorgoteo de la coctelera. Pero Flange volvía, siempre volvía, tal vez porque se daba cuenta de que si durante el resto de su vida había de estar sometido a la implacable racionalidad de aquella matriz y aquella esposa, nunca levantaría cabeza, y que la demencia de Jerónimo era prácticamente lo único que tenía para seguir adelante. Y los Martinis eran gratis.

Aparte de su psicoanalista, a Flange sólo le quedaba otro consuelo: el mar. O el Sound de Long Island, que a veces se acerca lo suficiente a la imagen gris y alborotada que él recordaba. Antes de la adolescencia había leído en alguna parte que el mar era una mujer, y esa metáfora lo esclavizó y determinó en gran parte lo que fue de él a partir de aquel momento. Significó, en primer lugar, su trabajo como oficial de comunicaciones en su destructor, el cual, durante los tres años que duró el servicio, no hizo más que efectuar patrullas de barrera haciendo ochos frente a la costa coreana, tanto de día como de noche y, para todo el mundo excepto Flange

demasiado largas. Significó también, cuando por fin dejó el servicio y arrastró a Cindy desde el piso de su madre en Jackson Heights, encontrar un hogar cerca del mar, aquella gran masa semiterrena en lo alto de un acantilado. Haciendo gala de considerable pedantería, Jerónimo había señalado que, puesto que la vida tiene su origen en los protozoos que vivían en el mar y como las formas de vida se han ido complicando más y más, el agua del mar empezó a realizar la función de la sangre hasta que finalmente se añadieron los corpúsculos y demás cosillas para producir el líquido rojo tal como es ahora. Así pues, dado que esto es irrefutable, el mar se encuentra literalmente en nuestra sangre, y lo que es aún más importante, el mar, más que, como se cree popularmente, la tierra, es la verdadera imagen materna de todos nosotros. Al llegar a este punto, Flange intentó descalabrar al psicoanalista con el Stradivarius.

—Pero usted mismo dijo que el mar es una mujer —protestó Jerónimo, saltando sobre la mesa.

—Chinga tu madre* —rugió Flange, encolerizado.

—Ajá —respondió el sonriente Jerónimo—. ¿Lo ve usted?

Así pues, tanto si rompía como si gemía o se limitaba a mojar el entorno a cuarenta metros bajo la ventana de su dormitorio, el mar estaba con Flange en sus momentos de necesidad, que cada vez eran más frecuentes; una repetición en miniatura de aquel Pacífico cuyo oleaje inimaginable mantenía su recuerdo en una inclinación constante de 30 grados. Si la diosa Fortuna lo controla todo en esta cara de la luna, entonces, le parecía a Flange, tiene que existir un curioso y tierno ladeo del Pacífico, el cual, en opinión de algunos, es la sima que dejó la luna cuando se desprendió de la Tierra. Un peculiar doble suyo era el único habitante en esa inclinación de la memoria: hijo duende de la Fortuna y encanto desheredado, joven, lujurioso y más vulgar de lo que es concebible que lo sea cualquier humano; músculos y mentón tensos contra un temporal de sesenta nudos

* En español en el original. (N. del T.)

caulidad o ghe fa grande
in la Fleora

con una buena pipa entre los dientes brillantes y desafiantes, de pie en el puente, como oficial de cubierta, durante la guardia de media, con sólo un cabo de mar adormecido, un timonel fiel, un equipo de radar con bocas de cloacas y un juego de cartas en la cabina del sonar, junto con la luna desgajada y exiliada y su rielar en el océano por compañía, si bien lo que haría la luna ahí afuera durante un temporal de sesenta nudos sería objeto de discusión. Pero de esa manera lo recordaba: allí estaba él, Dennis Flange, en la flor de la vida, sin los signos actuales de la incipiente mediana edad y, lo que era más importante, tan lejos de Jackson Heights como podría encontrarse, aunque escribía a Cindy cada dos noches. Eso ocurría cuando también el matrimonio estaba en la flor de su vida, pero ahora le salía una tripita de bebedor de cerveza y se le empezaba a caer el pelo, y Flange aún se preguntaba vagamente por qué tenía que haber ocurrido aquello, se lo preguntaba incluso mientras Vivaldi discurría sobre el placer y Rocco Squarcione hacía gárgaras con el moscatel.

El timbre de la puerta sonó en medio del segundo movimiento y Cindy bajó de pronto a abrir, rugiendo como un pequeño terrier rubio, y dedicando un mal gesto a Flange y Rocco antes de hacerlo. Al abrir se encontró con una especie de mono enfundado en un uniforme naval, rechoncho y de expresión socarrona. Le miró con repugnancia.

—No —gimió ella—. Eres tú, cabrón de mierda.

—¿Quién es? —preguntó Flange.

—Es «Cerdo» Bodine, el mismo que viste y calza —respondió Cindy, consternada—. Al cabo de siete años aquí está tu compinche, el subnormal de Cerdo Bodine.

—Hola, pequeña —la saludó el recién llegado.

—¡Mi viejo y buen camarada! —exclamó Flange, levantándose de un salto—. Entra y tómate un vaso de vino. Este es Cerdo Bodine, Rocco, ya te he hablado de él.

—Oh, no —dijo Cindy, cerrándole el paso. Flange, afligido por el matrimonio, tenía unas señales personales de advertencia, como las que tienen los epilépticos, y ahora

percibió una de ellas—. No —gruñó su mujer—. Fuera, largo de aquí, humo.

—¿Yo? —dijo Flange.

—Sí, tú. Tú, Rocco y Cerdo. Los tres mosqueteros. Fuera.

—Ya estamos —murmuró Flange.

No era la primera vez que se encontraba en aquella situación, que siempre terminaba del mismo modo: afuera, en el patio, había una garita policial abandonada, que la policía del condado de Nassau utilizó en otro tiempo para controlar la velocidad de los conductores que viajaban por la ruta 25A, y cautivó tanto a Cindy que ésta acabó por llevársela a casa, plantó hiedra a su alrededor y colgó dentro unas reproducciones de Mondrian. Allí dormía Flange cada vez que tenían una pelea. Lo curioso era que el cuchitril no le resultaba nada incómodo, se parecía a la matriz dentro de lo posible y él sospechaba que, en el fondo, Mondrian y Cindy eran hermanos, ambos austeros y lógicos.

—Muy bien, cogeré una manta y me iré a dormir a la garita —dijo a su esposa.

—No —replicó ella—. He dicho que fuera y ahí es donde vas a ir. Quiero decir fuera de mi vida. Emborracharte durante todo el día con el basurero ya está bastante mal, pero Cerdo Bodine es demasiado, mucho más de lo tolerable.

—Por Dios, pequeña —intervino Cerdo—. Creía que habías olvidado todo eso. Mira qué contento de verme está tu marido.

Cerdo había llegado a la estación de Manhasset en algún momento entre las cinco y las seis, en plena hora punta, y había sido barrido fuera del tren, propulsado por portafolios y ejemplares doblados del *Times* y conducido al aparcamiento, donde robó un MG modelo 51 y partió en busca de Flange, que había sido el oficial de su división durante el conflicto coreano. Llevaba nueve días ausente sin permiso del dragaminas *Immaculate*, atracado en Norfolk, y quería ver qué tal le iba a su viejo compinche. Cindy no le había visto desde la noche de su boda, en Norfolk. Poco antes de que su barco fuese destinado de nuevo a la Sépti-

ma Flota, Flange se las había ingeniado para conseguir un mes de permiso, con la intención de dedicarlo a su luna de miel con Cindy. Sólo Cerdo, molesto porque la marinería no había tenido ocasión de dar a Flange una fiesta de despedida de soltero, se presentó con cinco o seis amigos disfrazados de suboficiales y arrastraron a Flange hasta la calle East Main para tomar unas cervezas. Eso de «unas cervezas» resultó ser un cálculo muy inexacto. Al cabo de dos semanas, Cindy recibió un telegrama desde Cedar Rapids, Iowa. Era de Flange, que estaba sin blanca y con una resaca horrible. Cindy pensó en el asunto durante un par de días y, finalmente, le envió por giro telegráfico la tarifa del autobús, con la condición de que no quería ver a Cerdo nunca más. Y así había sido... hasta ahora, pero la sensación de que Cerdo era la criatura más odiosa del mundo había permanecido incólume durante siete años, y ahora ella estaba dispuesta a demostrarlo.

—A desfilar por esa puerta —ordenó, señalándola—. Vete cuesta abajo y bien lejos de aquí... o tírate por el acantilado, lo mismo me da. Tú y tu amigo borracho y ese mono asqueroso vestido de marinero. ¡Fuera!

Flange se rascó la cabeza y miró parpadeando a su mujer durante cosa de un minuto. No, no lo comprendía. Tal vez si hubieran tenido hijos... Pensó en la encantadora ironía de que la armada le hubiera hecho un competente oficial de comunicaciones.

—Bueno —dijo lentamente—. Supongo que estoy de acuerdo.

—Puedes quedarte con el Volkswagen —le dijo Cindy—, y llévate las cosas de afeitar y una camisa limpia.

—No —replicó Flange, abriendo la puerta a Rocco, que había permanecido en segundo término, con la botella de vino en la mano—. No, iré en el camión de Rocco. —Cindy se encogió de hombros—. Y me dejaré crecer la barba —añadió vagamente.

Salieron de la casa, Cerdo perplejo, Rocco canturreando y Flange empezando a notar los primeros zarcillos te-

nues de la náusea que subían reptando para rodearle el estómago. Se apretujaron en la cabina del camión y partieron.

—¿Adónde vamos? —preguntó Rocco.

—No lo sé —respondió Flange—. A lo mejor me voy a Nueva York y busco un hotel o algo por el estilo. Podrías dejarme en la estación. ¿Tienes algún sitio donde alojarte, Cerdo?

—Podría dormir en el MG, pero probablemente la poli ya está enterada del robo.

—Te diré lo que podemos hacer —dijo Rocco—. Iré al vertedero para librarme de esta carga. Tengo un amigo que es una especie de vigilante y vive ahí. Dispone de todo el espacio que necesites. Podéis quedaros en ese sitio.

—Claro, ¿por qué no? —replicó Flange. Era un plan adecuado a su estado de ánimo.

Se dirigieron al sur, a esa parte de la isla donde no hay más que urbanizaciones, centros comerciales y pequeñas industrias ligeras, y al cabo de media hora llegaron al vertedero municipal.

—Está cerrado —dijo Rocco—, pero mi amigo nos abrirá.

Enfiló un sendero de tierra que pasaba por detrás de un incinerador con paredes de adobe y tejado, diseñado y construido en los años treinta por algún arquitecto loco de la WPA y que parecía una hacienda mexicana con chimeneas industriales. Avanzaron traqueteando unos cien metros y llegaron a una puerta.

—¡Bölingbroke! —gritó Rocco—. Déjame entrar. Tengo vino.

—Bueno, hombre —respondió una voz desde la oscuridad.

Al cabo de un minuto, un negro gordo con sombrero de ala ancha apareció a la luz de los faros, abrió la puerta y subió al estribo del camión. Avanzaron por un largo y serpenteante camino que conducía al terraplén de los vertidos.

—Este es Bolingbroke —dijo Rocco—. El os alojará.

Bajaban por una curva larga y ancha, y Flange tenía la impresión de que se dirigían al centro de la espiral, el punto más bajo.

—¿Estos tíos necesitan un sitio para dormir? —preguntó Bolingbroke.

Rocco le explicó el problema y Bolingbroke asintió, comprensivo.

—A veces la esposa es un estorbo —comentó—. Yo tengo tres o cuatro esparcidas por el país y estoy contento de haberme librado de todas ellas. No sé, pero parece como si uno nunca aprendiera.

El vertedero era aproximadamente cuadrado, de un kilómetro de lado y hundido quince metros por debajo de las calles de la extensa urbanización que lo rodeaba. Rocco dijo que durante toda la jornada dos excavadoras D-8 enterraban la basura que llegaba desde la orilla norte, y el nivel del suelo se elevaba una minúscula fracción cada día. Este rasgo peculiar de fatalidad fue lo que impresionó a Flange mientras contemplaba el paraje en la penumbra y Rocco descargaba la basura, la idea de que un día, quizá dentro de quince años, tal vez más, ya no habría ningún hoyo, que el fondo estaría al nivel de las calles y también construirían casas encima. Era como si un ascensor exasperantemente lento te llevara hacia un nivel conocido para tratar con algún rostro inevitable de asuntos que ya se habían decidido. Pero también había otra cosa: allí, en el extremo de la espiral, se sintió obsesionado por una correspondencia más, que no pudo localizar hasta que, recordando, acudió a su mente la música y la letra de una canción. No era fácil que, en una armada moderna, con aviones a reacción, misiles y submarinos nucleares, alguien cantara todavía salomas o baladas, pero Flange recordó a un camarero filipino llamado Delgado que solía entrar en la cabina de la radio a altas horas de la noche con una guitarra, se sentaba y les cantaba durante horas. Hay muchas maneras de contar un relato mariner, pero tal vez porque ni la música ni la letra tenían nada que ver con una leyenda personal, la manera

de Delgado parecía matizada por una verdad de un orden especial. Incluso a pesar de que las baladas tradicionales son mentiras o, en el mejor de los casos, cuentos tan exagerados como los que se cuentan sin cantar mientras se toma café en el pañol de cabos o durante las partidas de póquer los días de paga en el comedor del barco, o sentados en una carga de profundidad, en el coronamiento de popa, esperando la película de la noche para sustituir un cuento por otro más palpable. Pero el camarero prefería cantar y Flange respetaba su elección. Y su canción favorita decía así:

Una nave tengo en el país del norte
y responde al nombre de *Vanidad dorada*,
oh, temo que la aborde un galeón español
mientras navega cerca de las tierras bajas.

Es muy fácil ser pedante y decir que las tierras bajas son las regiones meridional y oriental de Escocia. Desde luego, la balada era de origen escocés, pero siempre evocaba en Flange una extraña e irracional asociación. Todo el que ha contemplado el mar abierto bajo una clase especial de iluminación o en un estado de ánimo proclive a la metáfora os hablará de la curiosa ilusión de que el océano, a pesar de su movimiento, tiene cierta solidez; se convierte en un desierto gris o glauco, un yermo que se extiende hasta el horizonte, y sólo habría que pasar por encima de los cabos salvavidas para alejarse caminando sobre su superficie. Si llevaras una tienda y suficientes provisiones, podrías viajar así de una ciudad a otra. Jerónimo consideraba esto como una extravagante variación del complejo de Mesías, y aconsejaba paternalmente a Flange que no lo intentara nunca, mas para Flange aquella inmensa llanura de cristal opaco era una especie de tierra baja que casi exigía una única figura humana desplazándose a través de ella para completarla. Toda llegada a un lugar situado al nivel del mar era como encontrar un punto mínimo y sin dimensión, un cruce único de paralelo y meridiano, una certidumbre de

verde
claro

Inhabilitado

luna blanca de las uñas

uniformidad perfecta y desapasionada, de la misma manera que, durante el descenso en espiral del camión de Rocco, Flange había tenido la sensación de que el lugar donde por fin se detuvieron era el centro exacto, el punto único que encerraba en sí todo un país bajo. Siempre que estaba lejos de Cindy y podía pensar imaginaba su vida como una superficie en proceso de cambio, de manera parecida a la transición en que se encontraba el suelo del vertedero: desde la concavidad o el cercado hasta una planicie tal vez como aquella en la que estaba ahora. Lo que le preocupaba era cualquier concavidad eventual, tal vez un encogimiento del mismo planeta, su reducción a una curvatura palpable de la superficie sobre la que él estuviera, de modo que él sobresaldría como un radio proyectado, desamparado y remolineando a través de las lúnulas vacías de su minúscula esfera.

Rocco les dejó con otra garrafa de moscatel que había encontrado bajo el asiento y poco después, dando brinco y rezongando, su camión se alejó en la oscuridad creciente. Bolingbroke desenroscó el tapón y bebió. Se pasaron el recipiente y el negro dijo:

—Vamos, buscaremos algunos colchones.

Les precedió cuesta arriba, alrededor de una alta torre de chatarra, a lo largo de un solar repleto de frigoríficos abandonados, bicicletas, cochecitos de bebé, lavadoras, pilas de lavabo, tazas de inodoro, somieres, televisores, cacharros de cocina, estufas, acondicionadores de aire, y finalmente, tras rebasar una duna, llegaron al lugar donde estaban los colchones.

—La cama más grande del mundo —dijo Bolingbroke—. Coged los que queráis.

Debía de haber centenares de colchones. Flange eligió uno de anchura media y con muelles interiores. Cerdo, que probablemente nunca se acostumbraría a la vida civil, seleccionó una colchoneta de unos cinco centímetros de grosor y un metro de ancho.

—Con otra cosa no me sentiría cómodo —comentó.

—Daos prisa —les dijo Bolingbroke en voz baja, nerviosamente. Había subido a lo alto de la duna y miraba en la dirección por donde habían llegado—. Deprisa. Es casi de noche.

—¿Qué pasa? —le preguntó Flange, arrastrando el colchón cuesta arriba hasta llegar al lado del vigilante para mirar por encima del montón de chatarra—. ¿Hay merodeadores por la noche?

—Algo por el estilo —respondió Bolingbroke, incómodo—. Vamos.

Desandaron sus pasos caminando pesadamente y sin hablar. Al llegar al sitio donde el camión se había detenido, doblaron a la izquierda. El incinerador se alzaba por encima de ellos, sus chimeneas altas y negras contra el último resplandor del cielo. Los tres entraron en un estrecho barranco, con basura esparcida a ambos lados hasta unos seis metros de altura. Flange tuvo la sensación de que aquel vertedero era como una isla o enclave en el deprimente país que lo rodeaba, un discreto reino del que Bolingbroke era su gobernante incontestable. El barranco, de lados empinados y tortuosos, se prolongaba unos centenares de metros hasta desembocar en un pequeño valle totalmente lleno de neumáticos desgastados de turismos, camiones, tractores y aeroplanos, y en el centro de una pequeña prominencia se alzaba la choza de Bolingbroke, provisionalmente aparejada con papel alquitranado, planchas de frigorífico, vigas de madera, tuberías y tejas de ripiá azarosamente conseguidas.

—Mi hogar —dijo Bolingbroke—. Ahora jugaremos a seguir al guía.

Era como recorrer un laberinto. A veces las columnas de neumáticos duplicaban la altura de Flange y amenazaban con venirse abajo a la más ligera sacudida. Flotaba en el aire un intenso olor a caucho.

—Tened cuidado con los colchones —susurró Bolingbroke—. Y no os salgáis de la línea. He puesto trampas por ahí.

—¿Para qué? —preguntó Cerdo, pero Bolingbroke no le oyó o hizo caso omiso de la pregunta.

*conjunto de piedras
ladrillos*

Llegaron a la choza y Bolingbroke abrió el grueso candado de la puerta, hecha con la madera de una pesada caja de embalaje. La negrura del interior era absoluta, pues no tenía ninguna ventana. El vigilante encendió una lámpara de queroseno y, a la oscilante luz amarilla, Flange vio que las paredes estaban cubiertas de fotografías recortadas, al parecer, de todas las publicaciones editadas desde la Depresión. Una lámina en brillantes colores de Brigitte Bardot estaba flanqueada por fotos de prensa en las que se veía al duque de Windsor pronunciando el discurso de su abdicación y al dirigible *Hindenburg* envuelto en llamas. Allí estaban Ruby Keeler, Hoover, MacArthur, Jack Sharkey, Whirlaway, Lauren Bacall y Dios sabe cuántos más en una especie de archivo policial de malhechores que producía una sensación desvaída, frágil como el papel de las revistas sensacionalistas, borrosa como la humanidad ordinaria de un milagro del noveno día.

Bolingbroke echó el cerrojo. Extendieron los colchones en el suelo, se sentaron y bebieron vino. Afuera se había levantado un vientecillo que sacudía con ruido de matracaca las hojas de papel alquitranado, penetraba perplejo y turbulento en la chabola y se arremolinaba en sus rincones e irregulares ángulos. Sin saber cómo, empezaron a contar relatos marineros. Cerdo contó que él y un técnico de sonar llamado Feeney robaron un coche tirado por caballos en Barcelona. Resultó que ninguno de ellos sabía nada de caballos y acabaron corriendo a toda velocidad hasta rebasar el extremo del muelle, perseguidos, como mínimo, por un pelotón de la policía militar de marina. Mientras forcejeaban en el agua, se les ocurrió que aquella sería una buena ocasión para nadar hasta el portaaviones *Intrepid* y armar la gorda entre los tripulantes. Lo habrían logrado de no haber sido por la lancha motora del *Intrepid*, que les dio alcance a unos cientos de metros del barco. Feeney se las arregló para arrojar al timonel y otro tripulante por la borda antes de que un marinero idiota armado con una pistola del calibre 45 pusiera fin a la diversión disparando contra Feeney

y alcanzándole en un hombro. Flange habló de un fin de semana primaveral, cuando estaba en la universidad y, junto con dos compañeros, robó el cadáver de una mujer que estaba en el depósito local. Hacia las tres de la madrugada lo llevaron al club universitario de Flange y lo pusieron al lado del presidente del club, que yacía completamente inconsciente por una borrachera. A la mañana siguiente, temprano, todos los miembros del club capaces de andar se dirigieron en masa a la habitación del presidente y empezaron a aporrear la puerta.

—Sí, un momento —gruñó una voz desde el interior—. Enseguida voy... ¡Oh... Oh, Dios mío!

—¿Qué ocurre, Vincent? —le preguntó alguien—. ¿Es que hay una tía contigo?

Y todos se rieron de buen grado.

Al cabo de unos quince minutos, Vincent, pálido y tembloroso, abrió la puerta y todos entraron ruidosamente en el cuarto. Miraron debajo de la cama, apartaron los muebles y abrieron el armario, pero no encontraron ningún cadáver. Asombrados, empezaban a abrir los cajones cuando, de pronto, les llegó un grito desgarrador desde la calle. Se precipitaron a la ventana y miraron abajo. Una estudiante se había desmayado. Resultó que Vincent había anudado sus tres mejores corbatas y colgado el cadáver fuera de la ventana.

Cerdo meneó la cabeza.

—Espera un momento —le dijo—. Creí que ibas a contar un relato mariner.

Por entonces habían liquidado la garrafa de vino. Bolingbroke sacó de debajo de su cama una jarra de Chianti casero.

—Lo habría hecho —replicó Flange—, pero no se me ha ocurrido ninguno así de repente.

Sin embargo, la verdadera razón, que él conocía y no podía decir, era que si uno es Dennis Flange y si el oleaje marino es el mismo que no sólo fluye con tu sangre sino que también ondea a través de tus fantasías, entonces está

muy bien escuchar historias acerca de ese mar, pero no contarlas, porque tú y la verdad de una vida verdadera tenéis desde hace mucho tiempo una curiosa contigüidad, y mientras permanezcas pasivo puedes seguir consciente del alcance de la verdad, pero en cuanto te vuelves activo estás, en cierto modo, si no violando abiertamente una convención, por lo menos violentando la perspectiva de las cosas, del mismo modo que cualquiera que observe partículas subatómicas cambia los movimientos, los datos y las probabilidades por el mero hecho de observar. Por eso había contado la otra historia, al azar..., o así era aparentemente. Se preguntó qué diría Jerónimo al respecto.

En cambio, Bolingbroke tenía una historia marinera que contar. Había pasado algún tiempo brincando de un puerto a otro en una variedad de mercantes, todos ellos vagamente escandalosos. Al finalizar la primera guerra, pasó un par de meses en Caracas, con un amigo llamado Sabbarese. Habían saltado a bordo de un carguero, el *Deirdre O'Toole*, que navegaba con matrícula panameña (Bolingbroke pidió disculpas por este detalle, pero insistió en que era cierto: por aquel entonces, en Panamá se podía matricular cualquier cosa, un bote de remos, una casa de putas flotante, un buque de guerra, lo que fuese, con tal que se mantuviera en el agua) para escapar de Porcaccio, el primer oficial, que tenía delirios de grandeza. Tres días después de zarpar de Port-au-Prince, Porcaccio irrumpió en el camarote del capitán con una pistola de señales de emergencia y amenazó con convertir al capitán en una antorcha humana a menos que diera la vuelta al barco y pusiera rumbo a Cuba. Parece ser que en la bodega había varias cajas de rifles y otro armamento ligero, todo ello destinado a un grupo de recolectores de plátanos guatemaltecos que recientemente se habían sindicado y deseaban abolir la esfera de influencia norteamericana local. Porcaccio tenía la intención de apoderarse del barco, invadir Cuba y conquistarla para Italia, puesto que su descubridor, Colón, era italiano. Para este motín había conseguido reunir a dos limpiadores de máqui-

nas chinos y un marinero de cubierta que sufría ataques epilépticos. El capitán se echó a reír e invitó a Porcaccio a tomar un trago. Dos días después salieron tambaleándose a cubierta, borrachos y cada uno rodeando con un brazo el cuello del otro. Ninguno de los dos había pegado ojo durante aquel periodo y, entretanto, el barco se había encontrado con una gran borrasca. Todos los marineros corrían de un lado a otro, asegurando las botavaras y redistribuyendo la carga, y en aquella confusión, sin que se sepa cómo, el capitán cayó por la borda y desapareció. Así Porcaccio se convirtió en el amo del *Deirdre O'Toole*, pero las existencias de licor se habían agotado, por lo que Porcaccio decidió dirigirse a Caracas y reponerlas. Prometió a la tripulación un botellón de champán por persona el día que tomaran La Habana. Bolingbroke y Sabbarese no estaban dispuestos a invadir Cuba. En cuanto el barco atracó en Caracas, desertaron y vivieron de las ganancias de una camarera, una refugiada armenia llamada Zenobia, con la que durmieron en noches alternas durante dos meses. Finalmente, algo, ya fuese la nostalgia del mar, ya un ataque de conciencia o el genio impredecible de su benefactora —Bolingbroke nunca había podido decantarse por una de estas alternativas—, les instó a que se presentaran al cónsul italiano y se entregarán. El consul se mostró muy comprensivo. Les hizo embarcar en un mercante italiano con rumbo a Génova y se dedicaron a echar paladas de carbón como si avivaran el fuego del infierno durante toda la travesía del Atlántico.

A estas alturas del relato se había hecho tarde y los tres habían empinado el codo de lo lindo. Bolingbroke bostezó.

—Buenas noches, muchachos —les dijo—. He de levantarme temprano y estar fresco. Si oís ruidos extraños, no os preocupéis. El cerrojo es fuerte.

—Anda —replicó Cerdo—. ¿Quién va a entrar?

—Nadie —dijo Bolingbroke—. Sólo ellos. Intentan entrar de vez en cuando, pero aún no lo han conseguido. Y si lo hacen ahí hay un trozo de tubería que podéis usar.

Apagó la lámpara y se dirigió tambaleándose a su cama.

—Sí —dijo Cerdo—, ¿pero quién?

—Los gitanos. —Bolingbroke bostezó. El sueño le difuminaba la voz—. Viven aquí. Sí, aquí, en el vertedero. Sólo salen de noche.

Guardó silencio y al cabo de un rato empezó a roncar.

Flange se encogió de hombros. Qué diablos, de acuerdo, había gitanos en los alrededores. Recordó que en su infancia acampaban en zonas desiertas de la playa, a lo largo de la orilla norte. Creía que ya se habrían ido todos y se alegró al saber que no era así. Experimentaba la vaga sensación de que era apropiado que estuvieran allí, que los gitanos vivieran en el vertedero, de la misma manera que él había podido creer en la corrección del mar de Bolingbroke, la capacidad abarcadora que tenía, la de ser el plasma o médium para los coches tirados por caballos y los Porcacios, por no mencionar a aquel joven y bribón Flange, respecto al cual, le parecía en ocasiones, el Flange actual había sufrido un cambio marino, convirtiéndose en algo no tan raro o extraño. Se sumió en un sueño ligero e inquieto, flanqueado por el contrapunto de los ronquidos de Bolingbroke y Cerdo Bodine.

No sabía cuánto tiempo durmió. Despertó en aquella oscuridad absoluta, sólo con el sentido visceral del tiempo que le indicaba las dos o las tres de la madrugada, o por lo menos una hora desolada que de algún modo no estaba destinada a la percepción humana, sino que más bien pertenecía a los gatos, búhos, ranas de zarzal y cualquier otra criatura que hace ruido por la noche. Afuera el viento seguía soplando. Aguzó el oído, tratando de oír de nuevo el sonido que sin duda le había despertado. Durante todo un minuto no oyó nada, y luego lo distinguió. Era una voz de muchacha que cabalgaba en el viento.

—Anglo —decía—. Anglo del pelo dorado. Sal. Sal por el camino secreto y búscame.

—Vaya —dijo Flange, y sacudió a Cerdo—. Eh, amigo, hay una tía ahí afuera.

Cerdo abrió un ojo desenfocado.

—Estupendo —musitó—. Hazla pasar y resérvame el segundo turno.

—No, lo que quiero decir es que debe de ser uno de los gitanos de los que habló Bolingbroke.

Obtuvo un ronquido por toda respuesta. Entonces se acercó a tuestas a Bolingbroke.

—Eh, tío, ella está ahí afuera. —Bolingbroke no respondió. Flange le sacudió más fuerte—. Está ahí afuera —repitió, empezando a sentirse presa del pánico. El otro se dio la vuelta y murmuró algo ininteligible. Flange alzó las manos y dijo—: Vaya.

—Anglo —insistió la chica—. Ven a verme. Ven a buscarme o me iré para siempre. Sal, alto Anglo de pelo de oro y dientes brillantes.

—Eh —dijo Flange a nadie en particular—. Ese soy yo, ¿no? —Se le ocurrió de inmediato que no lo era del todo, que la descripción correspondía más bien a su *doppelgänger*, a aquel lobo de mar de los lujuriosos y oscuros días del Pacífico. Dio una patada a Cerdo—. Quiere que salga —le dijo—. ¿Qué hago, eh?

Cerdo abrió los dos ojos.

—Señor, le recomiendo que salga ahí afuera y se informe. Y si ella vale la pena, haga como le digo, tráigala y deje que la pruebe la marinería.

—Bueno, bueno —dijo Flange vagamente. Se dirigió a la puerta, descorrió el cerrojo y salió.

—Oh, Anglo —oyó que decía la voz—, has venido. Sígueme.

—De acuerdo.

Echó a andar entre las columnas de neumáticos, rogando para no tropezar con una de las trampas de Bolingbroke. Milagrosamente, casi llegó al terreno despejado antes de que algo saliera mal. No estaba seguro de qué era lo que había pisado, pero de pronto se dio cuenta de que había

metido la pata, y alzó la vista a tiempo de ver que una enorme columna de neumáticos para la nieve se bamboleaba y quedaba un momento colgando de las estrellas antes de caerle encima, y eso fue lo último que recordó durante algún rato.

Al despertar notó unos dedos fríos en la frente y oyó una voz que le decía:

—Despierta, Anglo. Abre los ojos. Estás bien.

Abrió los ojos y vio el rostro de la muchacha, sus ojos muy abiertos e inquietos, el pelo levemente iluminado por las estrellas. Estaba tendido en la entrada del barranco.

—Vamos —dijo ella sonriendo—. Levántate.

—Claro —replicó Flange.

Le dolía la cabeza, todo su cuerpo parecía latirle. Por fin logró incorporarse y fue entonces cuando pudo verla bien. A la luz de las estrellas era exquisita. Llevaba un vestido oscuro, sus piernas y brazos desnudos eran delgados, el cuello arqueado y delicado, su figura tan esbelta que casi parecía una sombra. El cabello oscuro flotaba alrededor de su rostro y espalda como una nebulosa negra. Ojos enormes, nariz respingona, labio superior corto, buena dentadura, bonito mentón. Aquella muchacha era un sueño, un ángel. Y, además, muy pequeña: no mediría más de un metro. Flange se rascó la cabeza.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. Me llamo Dennis Flange. Gracias por rescatarme.

—Yo soy Nerissa —dijo ella, mirándole.

A Flange no se le ocurría nada más que decirle. De repente, las posibilidades de conversación parecían muy limitadas. Pasó por su cabeza la absurda idea de que podrían comentar el problema de los enanos, o algo por el estilo. Ella le cogió de la mano.

—Ven —le dijo, y tiró de él, adentrándose en el barranco.

—¿Adónde vamos? —preguntó Flange.

—A mi casa —respondió ella—. Pronto amanecerá.

Flange pensó en esta última observación.

—Ey, espera un momento. ¿Y mis amigos que están ahí dentro? Estoy abusando de la hospitalidad de Bolingbroke.

Ella no respondió y Flange se encogió de hombros. ¿Qué importaba? La muchacha le precedió por el barranco y luego cuesta arriba. En lo alto del pináculo de chatarra se alzaba una figura humana que les estaba observando. Otras formas rondaban y se movían rápidamente en la oscuridad. De algún lugar llegaba un rasgueo de guitarra, un canto y el ruido de una pelea. Llegaron al montón de cachivaches ante el que habían pasado antes, cuando iban en busca de los colchones, y avanzaron entre el caos de metal y loza iluminado por las estrellas. Finalmente la muchacha se detuvo junto a un frigorífico General Electric que yacía sobre su parte trasera y abrió la puerta.

—Espero que quepas —dijo ella, antes de meterse dentro y desaparecer.

Flange pensó con cierta consternación que había engordado más de la cuenta. Entró en el frigorífico, al que le faltaba el lado de detrás.

—Cierra la puerta cuando hayas entrado —le pidió ella desde algún lugar, abajo, y él obedeció como si estuviera en un estado de trance.

Un haz luminoso llegó hasta él, probablemente emitido por una linterna que ella llevaba para mostrarle el camino. Flange no se había dado cuenta de que el montón de trastos alcanzaba semejante profundidad. Tuvo que superar algunas aperturas considerables, pero logró abrirse paso y bajar unos nueve metros, entre diversos electrodomésticos amontonados en desorden, hasta que llegó a la abertura de una tubería de cemento que medía metro veinte de diámetro.

—A partir de aquí es más fácil —dijo la chica.

El se puso a reptar y ella bajó andando por una suave inclinación que se extendía a lo largo de unos cuatrocientos metros. A la luz fluctuante de la linterna, entre sombras oscilantes, Flange vio que otros túneles partían de aquel por el que bajaba. La muchacha reparó en su curiosidad.

—Les llevó mucho tiempo —dijo, y le contó que, en los años treinta, un grupo terrorista llamado Hijos del Apocalipsis Rojo había guarnecido todo el vertedero con una red de túneles y habitaciones, a fin de prepararse para la revolución, pero la policía federal los capturó a todos y, más o menos un año después, los gitanos se instalaron allí.

Por fin llegaron a un extremo cerrado, con una puertecilla en el suelo gijarroso. La muchacha la abrió y entraron. Ella encendió algunas velas, cuyas llamas revelaron una habitación con tapices y cuadros colgados de las paredes que contenía una inmensa cama de matrimonio con sábanas de seda, un armario, una mesa y un frigorífico. Todo ello suscitó en Flange numerosos interrogantes. Ella le habló del suministro de aire, de los desagües, las cañerías y la línea eléctrica tendida sin que la Compañía Eléctrica de Long Island lo sospechara jamás, del camión que Bolingbroke usaba de día y ellos conducían por la noche para robar comida y otros artículos básicos. Le contó que Bolingbroke sentía un temor supersticioso hacia ellos y era reacio a informar a cualquier autoridad de su existencia, pues podrían acusarle de alcoholismo o algo peor y perdería su trabajo.

Flange se dio cuenta de que, desde hacía unos instantes, había una rata muy peluda y gris sobre la cama, que les miraba de un modo inquisitivo.

—Eh, hay una rata sobre la cama —dijo a la muchacha.

—Se llama *Jacinta* —le informó Nerissa—. Antes de que tú llegaras era mi única amiga.

Jacinta parpadeó evasivamente.

—Un nombre muy bonito —dijo Flange, y alargó la mano para acariciar a la rata, la cual soltó un chillido y retrocedió.

—Es tímida —comentó Nerissa—, pero os haréis amigos. Dale su tiempo.

—Por cierto, eso me recuerda... ¿Cuánto tiempo vas a tenerme aquí? ¿Por qué me has traído?

—La vieja del parche en el ojo a la que llaman Violeta me leyó la buenaaventura hace muchos años —dijo Neris-

sa—. Me dijo que un anglo sería mi marido, que tendría el pelo brillante, brazos fuertes y...

—Sí, claro —la interrumpió Flange—, pero todos los anglos tenemos ese aspecto. Hay por ahí toda clase de anglos que son altos y rubios.

Ella hizo un puchero y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—No me quieres por esposa.

—Bueno... —dijo Flange, azorado—. Lo cierto es que ya tengo esposa, ¿sabes? Estoy casado.

Por un momento, pareció como si la muchacha hubiera sido apuñalada, y entonces se echó a llorar a lágrima viva.

—Lo único que he dicho es que estoy casado —protestó Flange—, no que disfrute especialmente del matrimonio.

—Por favor, no te enfades conmigo, Dennis —gimió ella—. No me abandones. Dime que te quedarás.

Flange reflexionó unos momentos sobre esta petición. Su silencio fue interrumpido de repente por la rata *Jacinta*, que dio una voltereta hacia atrás en la cama y empezó a revolcarse violentamente. Con un grito agudo de conmisericordia, Nerissa cogió a la rata, la apoyó contra su pecho y se puso a acariciarla y arrullarla. Flange pensó que parecía una niña y que la rata era como su propia hija.

Entonces volvió a preguntarse por qué Cindy no había tenido hijos. Y luego pensó en que una niña era algo muy apropiado. Que el mundo se encogiera hasta tener el tamaño de una pelota.

Así pues, lo supo, naturalmente.

—Claro —le dijo—, de acuerdo. Me quedaré.

Pensó que, al menos, lo haría por algún tiempo. Ella le miró seriamente. En sus ojos danzaban las cabrillas de las olas, y él supo que las criaturas marinas se deslizarían por el verde submarino de su corazón.